Estudio crítico

Juan de Biclaro

José Carlos Martín Iglesias

Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos

ESTUDIO CRÍTICO FHL

© Del texto: el autor.

© De la edición: [Fundación Ignacio Larramendi](#).

Madrid, 2011.

Es una edición electrónica de [DIGIBÍS](#).

ESCRITORES VISIGÓTICOS

SIGLO VI

JUAN DE BICLARO

JOSÉ CARLOS MARTÍN IGLESIAS

Profesor titular en la Universidad de Salamanca

Juan de Biclaro nació hacia los años 550-556 en la actual Santarem, en Lusitania, en el seno de una familia de la aristocracia goda, pero cristiana. En su juventud viajó a completar su formación a Constantinopla, donde residió durante siete años, entre 570/1 y 577/8. Poco después de su regreso a Hispania, Hermenegildo, el hijo del rey Leovigildo (568-586), se convirtió al catolicismo y se sublevó contra su padre en Sevilla (a. 579-584). Ante la situación provocada por la rebelión de su hijo, Leovigildo intentó ganarse para la causa arriana a todos los eclesiásticos católicos de origen goda, entre los que se encontraba Juan. Probablemente, la negativa del biclarenses de convertirse al arrianismo explica que en castigo el rey arriano lo desterrase a Barcelona, donde Juan permaneció hasta el año 587/8 aproximadamente, es decir, hasta que una vez muerto Leovigildo y convertido su hijo Recaredo I al catolicismo (a comienzos de 587), éste pusiese fin al exilio del biclarenses. Una vez perdonado, Juan permaneció probablemente en la Tarraconense, y en ella, en Biclaro, que debe situarse probablemente en Vallclara, en Tarragona (aunque también se ha propuesto Béjar, en Salamanca), fundó un monasterio que se regía por la regla que él mismo había fijado, hoy perdida (CPL 1866). Fue abad de dicho monasterio al menos hasta el año 590, siendo a continuación nombrado obispo de Gerona hacia 591. Estuvo probablemente presente en el III Concilio de Toledo en 589, por las noticias que de él da, aunque no firma las Actas del mismo, seguramente porque aún era abad, y éstos no suscribían los concilios en aquella época. Ya como obispo suscribe el II Concilio de Zaragoza de 592, el Concilio de Toledo de 597, el II Concilio de Barcelona de 599, el Decreto de Gundemaro del año 610 (lo que significa que con motivo del sínodo en el que se aprobó dicho decreto, si es que éste es un documento auténtico, coincidió en Toledo con Isidoro de Sevilla), y el Concilio de Egara de 614. Fue de una gran longevidad, pues su muerte debe fecharse en torno al año 620.

De Juan nos ha llegado únicamente una obra: *Chronica* (*Crónica*). Por los acontecimientos en ella descritos, esta obra tiene como *terminus post quem* el año 589, el último del que se recogen noticias en ella. Sin embargo, en la *Crónica* también se atribuyen al emperador Mauricio 20 años de reinado, calculándose su ascensión al poder

en el año 582; e igualmente se atribuyen a Gregorio Magno 15 años de pontificado, situándose su nombramiento en el año 586 en la *Crónica*, lo que apunta más bien hacia una redacción de la misma en torno al año 601/2.

Esta obra, tal y como nos ha sido transmitida, consta de dos prólogos, ninguno de los cuales es probablemente del propio Juan, aunque el primero tiene alguna posibilidad de ser auténtico. En ella se distinguen además las siguientes partes: un prefacio, el cuerpo de la obra y un epílogo. En el prefacio, como ocurre en el caso de la *Crónica Universal* de Isidoro de Sevilla, Juan da noticia de sus predecesores y del género en el que se inscribe la obra: Eusebio de Cesarea, Jerónimo, Próspero de Aquitania y Víctor de Tununa. El cuerpo de la obra abarca los años 566 a 589, como continuación expresa de la obra de Víctor de Tununa, finalizando tras la conversión de los visigodos al catolicismo en el III Concilio de Toledo. Por lo que se refiere al epílogo, éste ha sido dividido en dos partes por algunos autores, que consideran auténtica sólo la primera, pues la segunda es claramente una adición, como prueba el hecho de que aparece fechada en el año 742. La primera parte del epílogo, sin embargo, consiste en una recapitulación final de los años transcurridos desde Adán hasta el nacimiento de Cristo, y desde entonces hasta el final de la *Crónica*. Su autoría es más dudosa, estando los críticos divididos entre quienes consideran esta recapitulación obra del propio Juan y quienes no. En esta discusión, Cardelle de Hartmann, la última editora de la *Crónica*, considera apócrifa también esta primera parte del epílogo.

Estructuralmente, la *Crónica* de Juan de Biclaro, que abarca un período de tiempo muy reducido, veinticuatro años, ordena los sucesos narrados año tras año, tomando como referencia los años de los emperadores romanos de Oriente (es decir, “en el primer año del reinado de...”, “en el segundo año del reinado de...”, etc.). Sin embargo, sobre este sistema de ideología imperial, pronto introduce Juan un segundo sistema nacionalista y visigodo, a partir del momento en el que el rey Leovigildo es asociado al trono por su hermano Liuva (a. 568): a los años de reinado de los emperadores romanos, Juan añade los de los reyes visigodos. Este sistema se mantiene así hasta el final de la obra. Con ello, Juan establece sobre un plano de igualdad al emperador romano de Oriente y al rey visigodo de Occidente, sin que éste último esté supeditado al otro, o en un plano de inferioridad. Ello responde a la ideología del biclarenses, para quien existen en el mundo dos grandes reinos: el romano, en Oriente, y el visigodo, en Occidente. En efecto, de acuerdo con la visión providencialista de la historia característica de los historiadores cristianos, Juan de Biclaro considera al pueblo visigodo el elegido por el dios cristiano en substitución del desaparecido Imperio romano de Occidente. Pero a diferencia de Isidoro de Sevilla, por ejemplo, Juan de Biclaro no se muestra hostil hacia Bizancio, y su nacionalismo es por ello menos radical que el del hispalense. A esta doble

cronología, se suma una tercera, aunque de menor importancia: la de los papas de Roma, con la duración de sus pontificados, prueba asimismo de la importancia de los asuntos de tema religioso en la *Crónica* de Juan.

Como he señalado con anterioridad, la importancia que el III Concilio de Toledo presenta en la *Crónica* del biclarenses parece sugerir que este acontecimiento fue el que empujó a su autor a escribirla a fin de mostrar y exaltar la entrada del pueblo visigodo dentro de la historia de la Salvación en el seno de la Iglesia Católica. Ello vendría confirmado por la minuciosidad con la que Juan introduce en su obra un gran número de noticias relativas a las conversiones de pueblos paganos o cristianos, pero herejes, a la fe católica. El segundo elemento fundamental en esta obra es la admiración del autor por Leovigildo en tanto que unificador político de la Península Ibérica. Ello se pone de manifiesto, por ejemplo, en el hecho de que Juan omite las persecuciones del último rey arriano contra los católicos, tanto más significativo, cuanto que el propio Juan había sido víctima de ellas; o en el hecho de que el biclarenses tome partido por Leovigildo frente al hijo católico de éste, Hermenegildo, cuando éste se rebela en Sevilla, pues la rebelión del hijo amenaza la unidad política peninsular. Así, los dos puntos capitales de la *Crónica* del biclarenses son, por un lado, la unificación política conseguida por Leovigildo (568-586), y, por otro, la religiosa, llevada a cabo por el hijo de éste, Recaredo I (586-601).

Otro rasgo característico de esta obra es su imparcialidad. El tono es frío, objetivo, incluso distante respecto de los acontecimientos narrados, rehuyendo el autor en todo momento el comentario personal. En consecuencia, siempre se ha considerado esta obra digna de todo crédito. En ello intervienen también la declaración programática del propio Juan en el prefacio de su obra, donde dice que no se servirá de ninguna otra fuente más que de su conocimiento personal de los hechos y de los relatos de aquellos que los han vivido. De ahí, por ejemplo, que los años que abarcan el tiempo que Juan pasó en Constantinopla abundan en noticias sobre el Imperio romano, al contrario de lo que ocurre en la parte de su *Crónica* que cubre los años de su regreso a Hispania, donde predominan las noticias sobre el reino visigodo. Algo semejante ocurre en las crónicas que se presentan como continuaciones de obras anteriores, principalmente de la de Eusebio-Jerónimo. El universalismo de ésta experimenta una gran reducción no sólo en el espacio, sino también en el tiempo. Es decir, estamos, por un lado, ante crónicas breves, que abarcan un período de tiempo no muy extenso, o incluso, claramente reducido; y, por otro, ante autores que viven muchas veces en zonas periféricas, que son de origen bárbaro y que se interesan por ello principalmente en dar cuenta de la historia de su propio pueblo y, eventualmente, de la historia paralela del Imperio romano de Oriente, el único que se percibía ya como heredero de Roma. Tal es el caso

principalmente de Hidacio y de Juan de Biclaro, hasta la renovación del género con Isidoro de Sevilla. Otro factor decisivo en el hecho de que el autor se centre en su propio tiempo y en su propio pueblo es la falta de fuentes escritas, y hasta de noticias sobre lo que ocurre más allá de las fronteras, debido, claro está, a la desintegración cada vez más acentuada del antiguo Imperio romano de Occidente. Los viajes son difíciles y arriesgados, y si las personas no viajan, tampoco pueden hacerlo los manuscritos. Otra explicación de esto mismo es la decadencia general de la cultura: a un autor le era mucho más fácil escribir un breve relato sobre su propia época (y mucho más si se trataba de acumular pequeñas noticias independientes entre sí) que escribir una historia continuada. Los cronistas optaban así por limitarse a proseguir con sus obras la inmensa labor de Eusebio-Jerónimo, antes que retomar el curso de la historia desde el principio de la misma. Esto último implicaba, en primer lugar, una sólida formación cultural; en segundo lugar, disponer de una buena biblioteca en la que el autor contase con fuentes abundantes; y, en tercer lugar, tener la capacidad intelectual necesaria para extraer notas de distintas fuentes y elaborar con ellas un relato o una exposición coherente. No hay que olvidar, en fin, el peso que tenía dentro de la Iglesia católica Jerónimo (como lo podían tener Ambrosio o Agustín). Escribir una crónica original suponía aspirar a reemplazar con ella la de Jerónimo. Esto podía verse como fruto de una cierta soberbia por parte del autor, lo que no debía de ser fácil de aceptar. La originalidad no consistía en escribir una nueva crónica universal sin copiar a Jerónimo, sino en el hecho de decidir que se tenía algo nuevo que decir y que esa novedad era lo suficientemente importante como para redactar una obra que compitiese con la de aquél como fuente para los contemporáneos y para la posteridad. Sólo un interés político de primer orden podía justificar algo así.

Desde el punto de vista del estilo, como ocurre en algunas otras obras del género, al acercarse el autor al final de su obra, es decir, al tiempo más próximo a él, y, con frecuencia, al acontecimiento que ha determinado la redacción de la *Crónica*, en este caso el III Concilio de Toledo, el estilo seco y sucinto esperable es substituido por otro más cuidado, más vivo, más rico en matices, más cercano, en definitiva, al de la historia. Así, la brevedad desaparece para dejar paso a un auténtico desarrollo narrativo, en el que no sólo se cuenta un hecho en concreto, sino también sus antecedentes y su historia en conjunto, todo ello mediante un relato coherente, y perfectamente estructurado y organizado.

Digamos para finalizar nuestra presentación de este autor, que según el análisis elaborado por C. Cardelle de Hartmann de los fragmentos conocidos como *Chronicorum Caesaraugustanorum reliquiae* (*Fragmentos de la Crónica de Zaragoza*), conservados como anotaciones marginales en algunos manuscritos de las *Crónicas* de

Víctor de Tununa y de Juan de Biclaro, y atribuidos generalmente a Máximo de Zaragoza, es posible que estos fragmentos deban atribuirse también al biclarenses. Es evidente que por su contenido, pues incluyen abundantes noticias sobre la Tarraconense, su autor debe ser situado en esta región de Hispania. Al mismo tiempo, por la relación temática de varias de entre ellas con la *Crónica* de Juan de Biclaro, con la que comparten el interés por las rebeliones contra el poder central y la supresión de las mismas, parece probable que deban atribuirse al propio Juan. Según Cardelle de Hartmann, pudo ocurrir que algún tiempo después de haber concluido su *Crónica*, Juan se decidiese a revisar el texto de la misma, y especialmente el de la obra homónima de Víctor de Tununa, de la que la suya era continuación. Esta revisión lo habría llevado a completar algunas noticias de la *Crónica* de su antecesor, y a incluir asimismo una noticia al comienzo de su propia crónica, siempre bajo la forma de anotaciones marginales en su códice, que de esta misma forma, a través de copias sucesivas, habrían llegado hasta nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA

1. Biografía

- CAMPOS, J., Juan de Biclaro, obispo de Gerona. Su vida y su obra. Introducción, texto crítico y comentarios, Madrid, CSIC, 1960, pp. 15-29.
- CARDELLE DE HARTMANN, C.- COLLINS, R., *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclarensis Chronicon*, Turnhout, Brepols, 2001 (CC SL 173A), pp. 124*-128*.

2. Ediciones (CPL 2261)

- CARDELLE DE HARTMANN, C. - COLLINS, R., *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclarensis Chronicon*, Turnhout, Brepols, 2001 (CC SL 173A), pp. 57-83. (*)
- CAMPOS, J., Juan de Biclaro, obispo de Gerona. Su vida y su obra. Introducción, texto crítico y comentarios, Madrid, CSIC, 1960, pp. 75-100.

3. Traducciones

- ARIAS, I. A., “Crónica Biclarense”, *Cuadernos de Historia de España* 10, 1948, pp. 129-141. (*)
- ÁLVAREZ RUBIANO, P., “La crónica de Juan Biclarense. Versión castellana y notas para su estudio”, *Analecta Sacra Tarraconensia* 16, 1943, pp. 7-44.

— 4. OTROS ESTUDIOS

- ÁLAMO, M., “La Règle de Saint Benoît éclairée par sa source, la Règle du Maître”, *Revue d'Histoire Ecclésiastique* 34, 1938, pp. 740-755.
- ÁLVAREZ GARCÍA, F., “Tiempo, religión y política en el *Chronicon* de Ioannis Biclarenensis”, *En la España Medieval* 20, 1997, pp. 9-30.
- ALVES DE SOUSA, P. G., *Patrologia Galaico-Lusitana*, Lisboa, Universidade Católica Editora, 2001, pp. 137-140.
- CAMPOS, J., “Sobre la regla de San Juan de Biclaro”, *Salmanticensis* 3, 1956, pp. 240-248.
- CARDELLE DE HARTMANN, C., *João de Santarém (Biclarense). Crónica. Edição crítica e introdução (Comentário histórico de Roger Collins)*, Lisboa, Edições Colibri, 2002.
- DÍAZ Y DÍAZ, M. C., “La transmisión textual del Biclarense”, *De Isidoro al siglo XI. Ocho estudios sobre la vida literaria peninsular*, Barcelona, El Albir, 1976, pp. 117-140.
- DOMÍNGUEZ DEL VAL, U., *Historia de la antigua literatura latina hispano-cristiana*, vol. 2, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1997, pp. 371-375.
- GALÁN SÁNCHEZ, P. J., *El género historiográfico de la Chronica. Las crónicas hispanas de época visigoda*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1994, pp. 81-172.
- PEREZ DE URBEL, J., “La Règle du Maître”, *Revue d'Histoire Ecclésiastique* 34, 1938, pp. 707-739.
 - , “Le Maître et Saint Benoît”, *Revue d'Histoire Ecclésiastique* 34, 1938, pp. 756-764.
 - , “El maestro, San Benito y Juan Biclarense”, *Hispania* 1,1 1940-1941, pp. 7-42, e *Hispania* 1,2 1940-1941, pp. 3-52.
- TEILLET, S., *Des Goths à la nation gothique. Les origines de l'idée de nation en Occident du V^e au VII^e siècle*, Paris, Les Belles Lettres, 1984, pp. 421-455.
- VEGA, A. C., “De Patrología española. En torno a la herencia literaria de Juan de Biclaro”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* 164, 1969, pp. 13-74.
- VOGÜE, A. DE, “Trithème, la Règle de Macaire et l'héritage littéraire de Jean de Biclár”, *Sacris Erudiri* 23, 1978-79, pp. 217-224 (reimp. id., *Regards sur le monachisme des premiers siècles. Recueil d'articles*, Roma, Pontificio Ateneo S. Anselmo, 2000, pp. 683-690).

- WOLF, K. B., *Conquerors and Chroniclers of Early Medieval Spain*, Liverpool, Liverpool University Press, 1999², pp. 1-10 y 57-77.